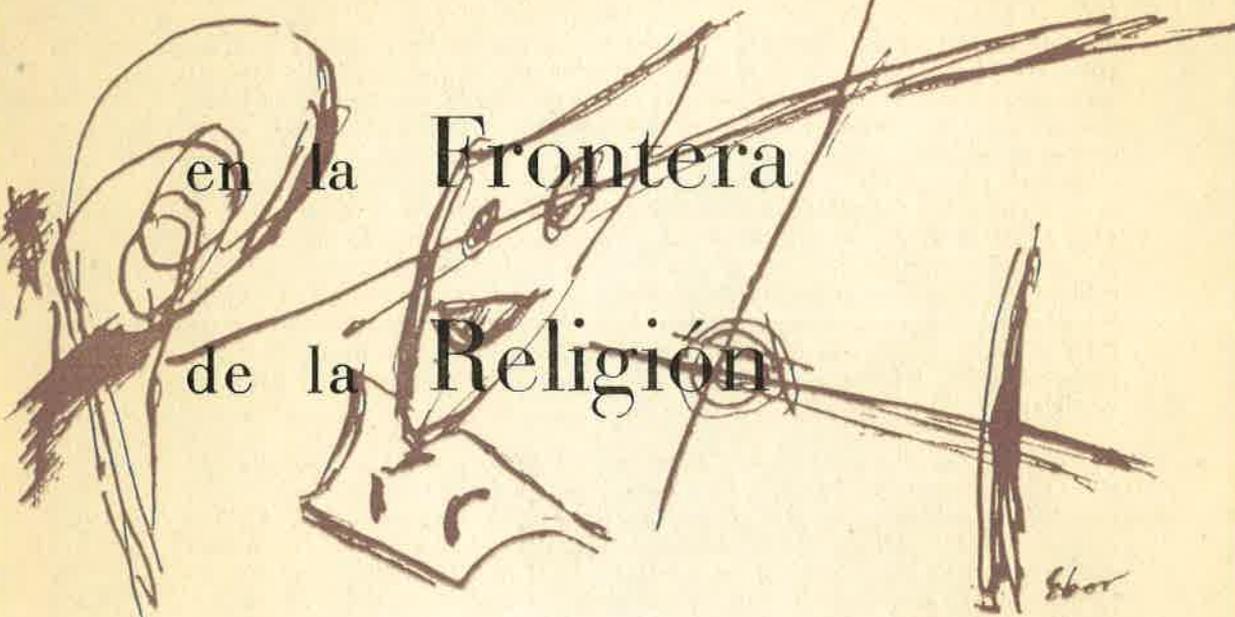


ALBERT CAMUS



en la Frontera
de la Religión

EDUARDO CHINARRO DIAZ, S. J.

La Chute, magníficamente escrita y psicológicamente muy profunda, representa un sorprendente frenazo en la dinámica ideológica de CAMUS. Se descubre aquí un CAMUS nuevo, en discontinuidad lógica con el mensaje ofrecido en obras anteriores.

Santidad laica como ideal

Después de una época de descarnado absurdo: *L'Etranger*, *Le malentendu* etc., CAMUS había llegado en *La Peste* a una posición de equilibrio: superación de la rebeldía por la solidaridad en la acción contra el dolor.

La responsabilidad por la dicha sensible y terrena de los demás hombres, sin otras pretensiones ultramundanas, tomada en serio y sin evasiones, constituiría el centro convergente del humanismo camusiano. Es la santidad laica, sin Dios y sin gracia, por cuya posibilidad pregunta Tarrou al Dr. Rieux al final de *La Peste*: "¿Puede uno ser santo sin Dios?, es el único problema concreto que me interesa ahora".

N O T A S - N O

Sea lo que fuere la respuesta, es cierto que Rieux, verdadero protagonista de *La Peste*, centra su vida en conjurar la enfermedad procurando a los hombres la salud, la pequeña dicha de aquí abajo.

El hombre, únicamente el hombre, a quien dar la dicha inmediatamente. Esta es su meta. Esta honradez casi simbólica, que obliga, sin saber por qué, a Rieux y Tarrou, a procurar, sin descanso, la salud de los hombres, basta para justificar en CAMUS la aparente arbitrariedad de la existencia humana.

La Chute representa una espectacular ruptura de ese equilibrio a lo GIDE, que no pudo satisfacer por mucho tiempo la sinceridad de ALBERT CAMUS.

La Chute comporta, ciertamente, un comienzo sincero y profundo de autocrítica.

Rieux, más que un hombre es un esquema, una cuasi mentira literaria; es el fraguar en falso de ese ideal que buscaba CAMUS para el hombre y en cuya búsqueda le sorprendió la muerte: "*Vivo en la noche y hago por ver claro*".

De la burguesía a la sospecha de sí mismo

Jean-Baptiste Clamence (nombre del protagonista de *La Chute*) es un cerebral. Con lo que esto supone de complicación mental, de sequedad y dureza, de disimulada perversidad, de crueldad y cinismo. Es ésta la consecuencia que se saca al leer *La Chute*, áspero documento donde Clamence se confiesa minuciosamente a lo largo de todas las páginas.

Clamence comienza recordando aquellos tiempos en que fue distinguido abogado parisién. Su pasatiempo favorito, al salir de la audiencia, consistía en ayudar a los ciegos a pasar la calle, en compartir el peso de los transeúntes agobiados por un gran número de paquetes, etc., etc. En resumen, una situación honorable y una conciencia satisfecha. Todos los elementos deseables en una vida lograda. Sin este sentimiento de superioridad, consistente en poder ayudar sin necesidad de ser ayudado, le hubiera sido difícil soportar la existencia.

Clamence descubre en este ultraísmo un larvado egoísmo. En realidad ayuda para sentirse poderoso, para saberse necesario a los demás, a quienes, sin embargo, no tiene que agradecer nada. "*Los hombres no aman sin amarse*". Esta profunda intuición de CAMUS queda desenfocada en un amargo y sangriento análisis del egoísmo humano: "*He tenido en mi vida al menos un gran amor, del cual he sido siempre el objeto*".

Esta perforación del interior, esta revelación psicológica de las profundidades del espíritu, este sorprender al hombre en su caverna, viene a constituir la antítesis más descarada de lo que hasta 1956 se llamó humanismo camusiano.

Si CAMUS había dicho en *La Peste* “*hay en el hombre más motivos de admiración que de desprecio*”, en *La Chute* nos va a decir impudicamente: “*el hombre moderno se define con dos elementos: fornicario y lector de periódicos*”.

Esta situación egoísta y comfortable, descrita con una apasionante unilateralidad, dura poco tiempo en el ritmo externo de *La Chute*.

Situación límite como revelación

Paseando al atardecer, sobre Le Pont des Arts, Clamence ha asistido, a unos metros de distancia al suicidio de una mujer desesperada que se arroja al Sena. El ha podido salvarla pero ha preferido no intervenir, permaneciendo inmóvil a pesar de los gritos de socorro. Para adormecer la conciencia se abstiene de la lectura de periódicos donde probablemente se dará la noticia del suicidio.

Precaución inútil. Desde este momento se ha producido la ruptura interior del equilibrio moral que le ha mantenido confortablemente en la superficie de su ser. A partir de este hecho Clamence ha perdido la paz. Hasta ahora había sido generoso en las pequeñas deferencias con los demás, elegidas a su capricho, pero en la tarde del suicidio no pudo elegir el fácil sacrificio que hubiera acariciado nuevamente la mentira de su grandeza. Los hechos ineludibles: una mujer ahogándose, le impone una opción imprevista, no calculada. Al decidirse por la no intervención, se derrumba a sus ojos la imagen extraordinaria que se había forjado de sí mismo. Entretanto se consume un suicidio que hubiera podido evitar.

La oportunidad de ser culpable

Desde este momento Clamence entra en la órbita de los culpables. Es uno de tantos: “*Ya no tengo amigos, no tengo más cómplices. En revanche su número ha aumentado, ellos son el género humano*”.

De nuevo el amargo pesimismo sin esperanza que llega a ser simplista a fuerza de ser inexacto.

Ante este sentimiento de fracaso, de *chute*, procura aturdirse enrolándose en el mundo obscuro de la borrachera, del amor libre, de la más repugnante desvergüenza. A pesar de todo le sigue mordiendo por dentro la culpabilidad. ¿Pero es posible la culpabilidad en el mundo del absurdo que CAMUS predicará hasta el final? Sí. “*Dieu n'est pas nécessaire pour créer la culpabilité ni punir*”.

Clamence se siente obligado ante el juicio de los hombres, mucho peor según CAMUS, que el imaginario juicio final. “*No esperes el juicio final, él tiene lugar diariamente*”.

Sin embargo es necesario vivir. Para conseguir esto Clamence se transforma en un cínico profesional de “*mea culpa*”. Su conducta es ignominio-

sa. Y qué. ¿Acaso no es la ignominia el patrimonio de todos? *“Todos están metidos en la bañera saboreando la voluptuosidad de lavar su ropa sucia en familia”*.

Ha bastado, pues, a Clamence, un tránsito del yo al nosotros culpable, para solucionar falsamente el problema de su indignidad personal. Es la solución cínica, ramplona y sin esfuerzo del vividor.

Esta solución está muy lejos de la serenidad facticia y artificiosa que Tarrou representa en *La Peste*. No es ya la santidad laica que descansa en una superación de la culpabilidad por la acción altruista. Sofrosine más literaria que verídica por la que nunca se llegaría a Dios. Se trata en *La Chute* de una solución paradójicamente problemática, de un nuevo punto de partida: *La Chute* que puede conducir a Camus hacia lo peor: el cinismo, o hacia lo mejor: apertura de una síntesis de dolor y vergüenza de sí mismo en la esperanza de la redención.

La sinceridad como camino

El hombre, ídolo demasiado acariciado por CAMUS en sus obras precedentes, descubre de repente sus pies de arcilla. CAMUS reencuentra el absurdo, no ya en la peste o en el crimen sino en el interior del hombre: *“Ser puro, es decir no ser culpable, pero sin hacer ningún esfuerzo para purificarnos”*.

Ante este hombre descarnadamente desconcertante, se ofrece a CAMUS un dilema insoslayable: nihilismo, *“desde entonces, viviendo entre los hombres no compartía sus intereses, no llegaba a creer en mis ocupaciones ni a comprometerme en ellas”*, o superación: *“para quien está solo, sin Dios y sin maître, el peso de los días es terrible. Lo esencial es no ser ya libre y obedecer a alguien”*. ¿Quién será ese alguien?

No podemos hacernos ilusiones. El ateísmo obstinado de CAMUS sigue vigente en *La Chute*: *“Es necesario, pues, elegirse un maître ya que Dios ha pasado de moda. Esta palabra por otra parte no tiene ya sentido”*.

A pesar de esto hay en *La Chute* una apertura hacia la luz, que no encontramos en obras precedentes, pues si *La Chute* no es un paso adelante en la humanización del hombre, constituye un retorno a la autenticidad. CAMUS inicia una evolución, al margen de la santidad laica, impracticable y quimérica.

¿Qué significa *La Chute*? ¿Desespera CAMUS de los hombres? Las últimas líneas de la obra inclinan a pensarlo, ciertamente. Evocando la hipótesis de que se le ofrezca una nueva ocasión de arrojarse al Sena para salvar alguna desesperada, Clamence, en un alarde de cinismo concluye: *“Supposez, cher maître, qu'on nous prenne au mot? Il faudrait s'exécuter. Brr... L'eau est si froide. Nous rassurons-nous. Il est trop tard, maintenant, il sera toujours trop tard. Hereusement”*.

¿Implica este final la renuncia a la lucha y el desengaño absoluto del hombre? Pese al amargo pesimismo presente en la obra con una densidad desesperada, no podemos olvidar, poco antes del final, un elemento de esperanza más allá de su desesperación: "Se duda de la evidencia, incluso cuando se descubre el secreto de una buena vida. Ma solution, bien sur, ce n'est pas l'idéal".

CAMUS, quizás sin pretenderlo, ha desandado el camino que le distanciaba de Dios. Y no es que busque en *La Chute* al Dios que los cristianos llamamos Padre y que, sin embargo, consiente "la peste". Porque esto, para CAMUS, que tiene otra idea del amor, es ininteligible: "Estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados". No se trata, por tanto, de conversión, es una posición cero ante los escombros de una heroicidad estrepitosamente derrumbada. Y ahora siente la necesidad de alguien que le levante, que le arranque la amargura de ser así nada más. El ideal verdadero es preamado y barruntado en *La Chute*.

La obra, pues, acaba abierta a una posible solución ideal. Solución que esperábamos en la producción camusiana y que la muerte prematura del autor ha hecho para siempre imposible.

La Chute, por tanto, ha quedado balbuciendo una trayectoria de esperanza. Un deseo de depender de *alguien*, que siendo superior le alivie el peso terrible de los días.

